

El placer de la lectura. Personalísima guía de escritores que me hacen gozar

Fernando Savater

Penguin Random House, 205 pp.

Aníbal Meza Borja

Fernando Savater es un filósofo español bastante conocido por *Ética para Amador*, un libro publicado en 1991 y que ha tenido mucho éxito y varias ediciones. En el libro que aquí reseño, el índice contiene cuarenta y cuatro entradas, en ellas comenta lecturas diversas que constituyen “testimonios personales del júbilo de leer” (p. 14). Savater dice que sus notas no pretenden sentar cátedra o no son crítica literaria.

No voy a referirme a todas sus entradas, solo a algunas. Hay notas sobre Paul Veyne y Alain quienes publicaron estudios sobre Séneca y Spinoza, respectivamente; dos filósofos que “vivieron” la filosofía, más que escribieron sobre la misma. Savater también comenta el libro de González Recio y Ana Rioja sobre Feyerabend, quien en su tratado contra el método (científico) recusa las nociones de verdad, objetividad y razón, y plantea la no existencia de algún método especial que asegure el éxito científico o lo haga “más probable”.

Savater dedica dos apuntes a Albert Camus (cómo no recordar de este escritor francés *Estado de sitio*, *El mito de Sísifo*, *La peste*, *El extranjero*), destacando su valiente confrontación con el totalitarismo estalinista y su denuncia de cómo se utilizan de manera perversa las motivaciones religiosas para justificar persecuciones y matanzas y muchas otras formas de violencia: la pena de muerte, el uso de armas atómicas, el terrorismo.

En el libro se hace referencia a la ciencia ficción y se comenta *2001 Odisea del espacio*, de Arthur Clarke (de paso menciona a Isaac Asimov, Poul Anderson, y “otros enemigos del buen gusto y la preceptiva literaria” (p. 58). Transcribo una sentencia contundente:

Lo más hermoso de la literatura es que constituye una farmacia donde hay remedios para todos nuestros males (salvo la muerte) y tónicos de todo tipo e intensidad. *Solo (sic) los pedantes desdeñan a la humilde aspirina porque no cura el cáncer...* Arthur Clarke fabricó algunas pócimas para esa dolencia extraña, la nostalgia del porvenir (p. 59).

Dedica una entrada para elogiar (cautelosamente) a los best-sellers: *El Señor de los Anillos*, *Harry Potter*, libros que existen porque fue gracias a Umberto Eco, que en *El nombre de la rosa* coloca en el imaginario popular la existencia de detectives en la edad media.

El autor graciosamente clasifica a los lectores como de corriente continua (aquellos que leen un solo libro sin parar hasta terminarlo) y de corriente alterna (los otros, como yo, que alternan la lectura de dos o más libros “al mismo tiempo”). Savater se define como de corriente alterna y menciona que leía a Saki (Héctor Hugh Munro -un autor sobre cuyos cuentos de humor negrísimo vuelvo una y otra vez- y a Pío Baroja, alternadamente, dos autores a los que califica de talentosos.

Al referirse a Claudio Magris, Savater dice que “para la mayoría de nosotros, simples lectores (¿pero alguien puede tener título más alto y más hermoso que el de lector?)” (p. 70), y califica a Magris como un viajero, pues “se viaja no solo a través del espacio, sino también a través del tiempo y contra el tiempo” (p. 71). Magris, según Savater, “es un viajero excepcional porque no solo sabe trasladarse con atención, humildad y perspicacia [...] a lo largo de las rutas y caminos” (p. 71), sino que se desplaza por las capas superpuestas del tiempo a través de los libros y los monumentos y transmite a sus lectores lo que en ellos encuentra.

A propósito de una de las ideas respecto de la filosofía según la cual ella se trata de una preparación para la muerte, Savater afirma que “la muerte filosófica por excelencia [...] es la de Sócrates: la más célebre de nuestra tradición, junto a la de Jesucristo” (p. 77). Más adelante agrega:

Jesucristo murió por todos nosotros, pero luego cada cual tiene que morir su propia muerte; de igual modo, Sócrates murió por y para la filosofía, pero después cada filósofo estira la pata a su modo y según le toca: [...] atracones, caídas, enfriamientos, excesos eróticos, atropellos o degeneración senil (p. 79).

La educación es un proceso social de lo más importante, de ahí que Savater le dedica tres entradas. En la primera propone que si ha de haber alguna revolución, esa comenzaría con la educación, entendida esta no como instrucción en las asignaturas o en el trabajo, sino en la *educación cívica* aquella que prepara para “vivir políticamente con los demás en la ciudad democrática, participando en la gestión paritaria de los asuntos públicos y con capacidad para distinguir lo justo de lo injusto” (p. 90). Cabe decir que en mi época de estudiante secundario había un curso con ese nombre: nos educaban en deberes y derechos y en ciudadanía, es más, en mi colegio la Gran Unidad Escolar Santa Isabel de Huancayo, elegíamos a los representantes estudiantiles en una réplica de los poderes: ejecutivo y legislativo del país, con elecciones generales, luego de campañas a todo dar con polémicas entre los candidatos, incluidas). Sobre esto, dice Savater:

La gente no educada está en la ignorancia, entendida como la incapacidad para expresar demandas sociales inteligibles a la comunidad o para comprender las formuladas por otros, el bloqueo que impide argumentar o calibrar los argumentos ajenos (orales

o escritos), la carencia de un mínimo sentido de los derechos y deberes que supone -e impone- la vida en sociedad más allá de las adhesiones patológicas a la tribu o la etnia. Este tipo de ignorantes, todos ellos con derecho a voto, se opondrán probablemente a las reformas necesarias que impliquen algún sacrificio y secundarán a los demagogos que les prometen paraísos gratuitos o la revancha brutal de sus frustraciones a costa de cualquier chivo expiatorio. El auténtico problema de la democracia no consiste en el habitual enfrentamiento entre una mayoría silenciosa y una minoría reivindicativa o locuaz, sino en el predominio general de la marea de la ignorancia ¿Qué otra cosa puede contribuir mejor a resolverlo que la educación cívica? (p. 91).

Esencialmente, la educación debe preparar para la deliberación, la capacidad para persuadir y para estar dispuestos a ser persuadidos (por argumentos), es decir, “la educación cívica tiene que intentar promover ciudadanos susceptibles de sentir y apreciar la fuerza de las razones, no las razones de la fuerza” (p. 94).

En la segunda entrada sobre educación, Savater, habla de la educación “irremediable” y hace una defensa sagaz de los buenos maestros y menciona a Pennac, quien describe el proceso educativo como una confrontación más o menos violenta del saber con la ignorancia. En tal situación, el buen maestro es aquel “que tiene el sentido de la ignorancia, es decir, quien mejor posee la aptitud de concebir el estado del que ignora lo que uno sabe. Por eso, quizá, los ex zoquetes llegan a ser mejores maestros que los que fueron sabios desde pequeños” (p. 103).

Savater habla de “educación irremediable” en el sentido que la educación deberá confrontarse con las “enseñanzas de la calle, de los bribones, las de quienes obtienen éxito fácil o resplandor fatuo en los medios de comunicación” (p. 104). Pensamos en esos ídolos que fabrican los programas estupidizantes en la que hay tanto zoquete con éxito fácil como en *Esto es guerra* o *Combate*.

La tercera entrada sobre educación puede resumirse en esta cita: “Lo único indispensable para la escuela es que haya maestros; el actual énfasis en todo tipo de aparatos (no solo en el aparato de la “enseñanza”) destruye casi por completo la escuela” (p. 197).

En la entrada con el llamativo título *Sobre el filósofo ignorante de Voltaire*, hay una referencia brillante al fenómeno de la metacognición: “El sabio sabe que sabe (o cree que sabe) mientras que el filósofo solo sabe que no sabe... pero está seguro de que le gustaría saber” (p. 113), solo por eso ya me gustaría ser filósofo o por lo menos tener una actitud filosófica.

Apreciado lector, terminaré esta reseña diciéndole que si desea saber más sobre *El placer de la lectura*, busque el libro y léalo y no se sentirá defraudado. El libro de Savater es un magnífico libro por su poder incitador a realizar otras lecturas. Ha sido un verdadero placer escribir sobre *El placer de la lectura*.